
ISLAS DEL PERU

Por LUIS ALAYZA Y PAZ SOLDAN

Nadie se ha preocupado de estudiar con detenimiento nuestras islas del Océano Pacífico. Apenas si los arqueólogos hablan de ellas incidentalmente, y algunos naturalistas se ocupan del guano de las aves marinas que se deposita siglo tras siglo, en las islas; pero tan sólo para tratar de lo que dicho producto representa para la agricultura y economía nacional. Esta desatendencia no tiene explicación ni excusa. Para el geógrafo y el geólogo, cualquier accidente geográfico es de importancia, como para el naturalista la planta, el alga o el hongo más pequeño; nuestras islas la tienen, y enorme, para la teoría de la formación del Continente y de las transformaciones que sufrió en la edad geológica, por su fauna y por su flora y bajo muchos otros aspectos.

El genial sabio Alejandro von Humboldt, observador que parece haberse elevado en el espacio a gran altura, como magnífico cometa, para disfrutar la visión panorámica del mundo y describir la Cordillera de los Andes en las Américas, observa al contemplarla en el Perú, que ella sigue las curvas del litoral peruano, (1) fenómeno en el que hace

(1).—"Todo el macizo, dice Humboldt, de las cordilleras de Chile y del Alto Perú, desde el estrecho de Magallanes hasta el paralelo del puerto de Arica (18° 28' 35"), está dirigido del Sur a Norte, a manera de un meridiano, a lo más N. 5E.; pero desde el paralelo de Arica, las costas y las dos cordilleras al Este y al Oeste del lago alpino del Titicaca, cambian de repente de dirección e inclinan hacia el NE. Las cordilleras del Ancu-ma (?) y de Moquegua y el valle longitudinal o, por mejor decir, el valle del Titicaca que ellas encierran, están dirigidas N. 42 O. Los dos ramales se reúnen de nuevo más a lo lejos en el nudo o montañas del Cuzco, y desde entonces la dirección se hace N. 80 Oeste. Este nudo cuya altura inclina al NE., ofrece, por consiguiente, un verdadero codo, caso dirigido del Este al Oeste, de suerte que la parte de los Andes al Norte de Castrovirreina está reculada hacia el Oeste más de 240,000 toesas. Un fenómeno geológico tan extraordinario recuerda la variación del paso de las vetas, y particularmente, la disposición de dos partes de la cadena de Pirineos, paralelas entre sí y unidas por un codo casi rectangular de 1,600 toesas de largo, junto a dos manantiales del Garona; pero en los Andes, los ejes de la cadena al Sur y al Norte del codo, no conservan paralelismo. Al Norte de Castrovirreina y de Andahuaylas (L. 149), la dirección es N. 22° O. cuando el Sur es de 15° N. 42 O.: las inflexiones de la costa siguen las mismas mutaciones. El litoral, separado de la Cordillera por una llanura de 15 leguas de ancho, se dirige, así como la Cordillera de Copiapó a Arica en los 27° y medio y 18° y medio de latitud N. 5E.; de Arica a Pisco entre los 18 y 14° de latitud primero N. 42 O., después N. 65 O.; de Pisco a Trujillo entre los 14° y 8° de lat. N. 27 O. Este paralelismo entre la costa y la cordillera de los Andes es un fenómeno tanto más digno de atención, cuanto que se encuentra repetido en muchas partes del globo, en que las montañas no forman con igualdad el litoral". (Viaje a las Regiones equinocciales del Nuevo Continente. París, 1826. P. 112).

hincapié, como para basar después alguna teoría; pero, con todo, su mirada de águila no se posa en este cordón de islas, que a primera vista muéstranse como picos altos de una cordillera sumergida en el mar, y que como los Andes, es paralelo a la Costa.

Hipólito Unanue (2) hace una descripción sintética de la superficie del Perú de su época, la que "debe medirse en los grados de latitud. Abraza veintitres grados y medio entre Cabo Palmar, en los confines de Pasto y Morro Moreno, en los del reino de Chile", y toma por su anchura entre los 297° y los 310° de longitud, con arreglo al meridiano de Tenerife; y a continuación se expresa así:

"Por la descripción que vamos haciendo se conoce que el Perú no es otra cosa que dos cordilleras, que por las faldas con que se reúnen forman la sierra, y por sus lados opuestos, la una compone las montañas de los Andes y la otra de la Costa. Si la división se ha de tomar de la dirección de los cerros, dividiendo un mundo alto y bajo, según la idea del señor Ulloa (Notice American), las montañas pertenecen a éste; pero si los caracteres distintivos han de salir de las calidades del terreno y clima, debe el Perú dividirse en tres partes, como lo ejecuta el P. Acosta. (Hist. Natural P. 75) 1a. montañas de los Andes; 2a., la sierra; 3a., la costa o llanos. Caracteres de la primera: *lluvia continua, montes espesos, temperamento cálido...* De la segunda: *estaciones arregladas, meteoros...* De la tercera: *sequedad, temple de primavera*. Pues el principal fin de la división es el orden y claridad del discurso, procuraremos conservar uno y otro adoptando la primera; aunque por mundo bajo sólo hemos pintado la costa, precisados del tiempo, al descender al examen particular haremos las secciones correspondientes".

Y, en efecto, al hacer estas secciones, precisa el punto así:

"Las divisiones colaterales, arregladas no a las miserables ideas de los hombrs, sino a los planes infinitamente sabios del Creador, siguen la dirección de los valles que las componen, y con soberbios pórticos separan al oriente y occidente en los atrios espaciosos que le forman, por allá las fértiles llanuras de las Amazonas, y por acá las costas y el Océano". (3)

Pero, como todos los geógrafos de su época, Unanue no menciona nuestras islas del Pacífico.

José Joaquín de Larriwa en su "Geografía Universal", obra escrita a mitad del siglo pasado, se ocupa del Perú en las tres secciones: "Geografía Física", "Geografía Política" y "Geografía Histórica". En la primera de ella trata, en sendos rubros, de mares, puertos, ríos, etc., sin alusión alguna a las islas. En la misma omisión incurre el eminente geógrafo aragonés Cosme Bueno, nacido en 1730, quien llegó al Perú antes de cumplir 20 años y comenzó a estudiar la medicina; en 1758 era catedrático de Matemáticas y Cosmógrafo Mayor del Reino y, finalmente, autor de una "Descripción" de las Provincias Pertenecientes a los diversos Arzobispados de la Colonia, a la que el no menos ilustre doctor Gabriel Moreno califica de "preciosa y original Geografía del Perú". (Col. de Documentos Literarios del Perú. Odriozola. T. II. P. 7). Describe

(2).—Obras Científicas del Dr. J. Hipólito Unanue. — Barcelona 1914, T. II.

(3).—Origen y Desarrollo de las Civilizaciones Prehistóricas Andinas.

Bueno la jurisdicción de los Arzobispados con sus curatos, climas y producciones de cada provincia, así como sus accidentes geográficos.

En cambio, los arqueólogos y algunos cronistas acopian datos y leyendas acerca de la importancia que para los peruanos precolombinos tuvieron estas islas, del aprovechamiento utilitario que de ellas hicieron, y de lo que significaban en relación con las ideas religiosas y divinidades adoradas por los hombres de la Costa.

Julio C. Tello, —Ob. cit.— dice:

"La explotación hecha por los indios de otra fuente de riqueza propia de este suelo, (4) despierta aún más la admiración del investigador por lo que ella significa y por la trascendencia que tuvo en el desarrollo y apogeo de la agricultura en la costa, no superada por ningún otro pueblo de América. Esta fuente es el guano de las islas del Pacífico. A igual que las perlas, el platino, la esmeralda y las conchas tropicales, la explotación del guano, previo el conocimiento de sus misteriosos poderes vivificantes, se halla íntimamente vinculada a la vida social, económica y religiosa de los antiguos peruanos. El Padre José de Arriago en la "Extirpación de la Idolatría del Pirú", escrita a principios del siglo XVII dice al respecto: "Y en el pueblo de Huacho cuando iban por guano de las islas, que son los farallones de Huaura, hazían un sacrificio derramando chicha en la playa para que no les trastornasen las balsas, precediendo dos días de ayuno, y cuando llegaban a la isla adoraban a la *Huaca Hucmancantar* como el señor del guano, y le ofrezían las ofrendas para que les dexase tomar el Huano, y en llegando de vuelta al puerto, ayunaban, cantaban y bevían" (P. 26).

Y más adelante agrega:

"Las islas del Pacífico fueron en la antigüedad teatro de grandes acontecimientos, Macabí, Guañape, Chao, Don Martín, San Lorenzo, Pachacamac, Asia y el grupo Chíncha fueron las más celebradas, y tenían nombres de diosas, cuya historia conserva la tradición, como Akat, Shina, Kawillaca, etc. En la mayoría de las islas se han encontrado debajo de las capas de guano, restos de adoratorios y templos, cadáveres de mujeres decapitadas, alfarería ceremonial y otros objetos rituales". (Pág. 27).

Los antiguos pobladores de la Costa atribuyeron gran importancia a las islas, a juzgar por las numerosas reproducciones de ellas en ciertos huacos —verdaderos mapas de aquellas culturas— en los cuales figuran como cerros rodeados por las aguas, en las que aparecen los lobos, en tanto que las aves circulan en el aire. El mar, las olas, islas y montañas son representadas siempre por medio de sendas líneas o figuras, inconfundibles para quien tenga una ligera iniciación en nuestra arqueología.

El doctor Tello, que ha estudiado los huacos de la Costa, dice:

"La *Akatay Mita* es una vieja costumbre que se halla ilustrada en

(4).—Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz en su "Colección de Memorias Científicas Agrícolas e Industriales" (Bruselas, 1857) refiriéndose a las opiniones que existían a mediados del siglo pasado sobre el guano de las islas, dice:

"Hay opiniones sobre el origen del abono del guano de pájaros sacados de nuestras islas; unos creen que es producto mineral, otros, con algún fundamento, la acumulación del excremento de pájaros marinos" (P. 165); y, finalmente, recuerda que Humboldt hizo hacer el análisis de la substancia en cuestión, a los químicos Fourcroy y Vauquelin "para que buscasen con cuidado el ácido úrico que sospechaba contenía".

la alfarería industrial Moche, Chimú y Muchik. Vasos grandes con empuñaduras y depresiones, transformadas, mediante modelado y pintura, en cerros, quebradas, ensenadas y abras, son representaciones de las islas, y, como tales, ostentan una fauna compuesta de lobos marinos, peces y aves guaneras, y además ofrecen escenas de sacrificios presididas por seres fantásticos en figuras de animales humanizados".

Y, refiriéndose al Akatay, dice el doctor Tello (Ob. Cit.):

"Estas referencias sobre hechos de evidente autenticidad, enseñan que en la isla de Huacho, hoy llamada Mazorca, los indios adoraban a Huamán Kantax, señor del guano, y que una fiesta llamada Akatay Mita se celebraba en los valles en el mes de diciembre, cuando empezaban a madurar las paltas. Este señor fué uno de los dioses más celebrados de la nación Chimú; según lo afirma Calancha; (6) y por su significado etimológico se colige que su figura fué la de un extraño animal, un ave con alto copete o diadema semilunar, la misma que se destaca como divinidad principal en las escenas míticas representadas en el arte Muchik. El vocablo Akatay Mita, literalmente, significa la vuelta al guano o el reabono de las tierras, ceremonia destinada a dotar a las tierras de su poder fertilizante".

La anterior cita se suma a las noticias de los cronistas, que se refieren a que los agricultores precolombinos utilizaban el guano (5) como fertilizante; ello comprueba, una vez más, cuán superiores eran sus conocimientos en la materia, a los de los conquistadores, quienes, a pesar de que vieron a los indios emplear este abono, no sólo se abstuvieron de usarlo, sino lo olvidaron tan completamente, que cuando se redescubrió, a mediados del siglo XIX, suscitóse una controversia sobre si el guano era producto animal o mineral.

El doctor Emilio Romero, en su "Geografía Económica del Perú" —Lima, 1944— dedica al guano un capítulo en el cual presenta la lista de islas y peñones —estos son 54 y aquéllas 30— indicando la posición geográfica y distancia de la Costa de algunas de ellas, al referirse al guano y a las aves que lo producen, dice lo que sigue:

"William Vogt, en su notable informe a la Compañía del Guano sobre las islas guaneras, y Erwin Schweigger, en su también notable producción científica sobre Oceanografía del Perú, nos ofrecen los más importantes trabajos científicos escritos en los últimos años sobre esta materia. Antes que ellos el ornitólogo Roberto Cushman Murphy había iniciado el estudio de las aves en el Perú, pero los dos últimos han revolucionado nuestros conocimientos sobre la Corriente Peruana, el plankton y otros interesantes aspectos de esta parte de la Geografía".

Juan José Bravo en su "Geografía Física del Perú" alude así a la falta de agua en las islas:

"Es verdad que falta en las islas la condición conocida de la existencia de ríos, cuyas filtraciones se deslizan sobre terrenos impermeables; pero, de todos modos, es curioso que estando la isla San Lorenzo tan próxima al Litoral, a La Punta, y hasta unida a ésta por una restinga o bajío, no se haya podido captar aguas artesianas en esta, en tanto que aquella ciudad se abastece de tal elemento por medio de un pozo de gran caudal".

(6).—Los egipcios rendían culto al dios lunar, al que llamaban Sin, y según vemos en la "Crónica Moralizada" del P. Calancha, los mochicas la adoraban con el mismo nombre.

Los cronistas españoles dieron poca importancia a las islas. En el prolijo Vásquez Espinoza (5) apenas se encuentra un párrafo como éste:

"Del valle de Atico ay 15 leguas al valle de Camaná, a las 5 están unas lomas que se dicen Sina y en ellas un pueblo pequeño de indios, y por este paraje se camina a la orilla de la Mar donde ay cerca de tierra islotes o peñascos cubiertos de lobos marinos, los quales después que están hartos de pescado salen del agua y suben sobre las peñas o islotes, donde se tienden al sol como manadas de lechones, dando bramidos como terneros, cosa digna de admiración porque siendo estos peces en la hechura, gesto, jocico, dientes y pelo como los lobos, aunque mas feroces, los que hauían de ser manos, pies y cola con aletas como de pescado. Los quales andan sobre las peñas haziendo fuerza sobre sus aletas con grande paz y quietud unos con otros, sin reñir ni morderse hauiendo chicos y grandes en cantidad, de noche salen a tierra dando grandes bramidos, y como por aquella tierra de ordinario se camina de noche por el sol, a quien oiere tales bramidos sin saber que sea,, causara grande temor, y cierto que quando pase por aquella tierra, y oi tan grandes bramidos pregunte a la guia que lleuaba lo que era, que de otra suerte no me quietara". (Ob. cit. 462).

Garcilaso de la Vega, en el libro V de sus "*Comentarios Reales*", dice:

"En la costa de la mar, desde más abajo de Arequipa hasta Tarapacá que son más de 200 leguas de costa, no echan otro estiércol que el de los pájaros marinos, que los hay en toda la costa del Perú, grandes y chicos y andan en bandadas tan grandes que son increíbles si no se ven, crían en unos islotes despoblados que hay en aquella costa y es tanto el estiércol que ellos dejan que también es increíble. Los montones de estiércol parecen de lejos puntos de alguna sierra nevada. En tiempo de los reyes incas había tanta vigilancia en guardar aquellas

(5).—Debo a un gracioso envío del Smithsonian Institution, de Washington el conocimiento de la obra de Antonio Vásquez Espinoza, "*Compendio y descripción de las Indias Occidentales*" (Washington, 1948).

El reputado historiador Charles Epton Clarklogro, gracias a un donativo del General Dawes, investigó en los archivos del Vaticano y halló el manuscrito de la obra de Espinoza, de la cual se tenía noticias por León Pinelo. El manuscrito tiene actualmente la designación de *Bernerinianus latinus* 2584, dice Clark en el Prólogo de la edición española, y agrega: "Es probable que el Cardenal Barberini lo adquirió en el curso de su visita a España en 1725-26. Como se ha dicho —continúa Clark— la obra quedó en la obscuridad pero se ve que unas hojas impresas llegaron a circular, porque en 1738 la nueva edición de la Biblioteca de León Pinelo enumera entre los "Anónimos", el Vol. III, col. 1408-9: "COMPENDIO Y DESCRIPCION de las Indias Occidentales: sólo hemos visto dos libros: el Primero del Origen de los Indios, y de dónde procedieron sus Ríos, Costumbres y Navegaciones que hacen a ella la flota y Galeones y su buelta. El segundo contiene el Distrito de la Audiencia e la Española, imp., en fol., después del año 1626. Castellano".

Vásquez Espinoza recorrió Nueva España y el Perú, este último país de 1617 a 1629. Ameritando el valor de su obra, dice Clark "Hemos visto que León Pinelo, primer bibliógrafo del Nuevo Mundo, calificó a la obra de Vásquez como la más preciosa contribución hecha hasta entonces a la literatura sobre las Indias. Aún con este retardo de tres siglos en su publicación, no se debe considerar de ninguna manera, como pura curiosidad histórica. Claro es que su interés principal es geográfico; el libro es un viaje descriptivo de la América Española en 1616 a 1621, tan detallado que puede servir como autoridad aun en cuestiones de fronteras históricas".

aves que al tiempo de cría a nadie le era lícito en aquellas islas, so pena de la vida, porque no las asombrasen y echasen de sus nidos Tampoco era lícito matarlas en ningún tiempo, dentro ni fuera de las islas, so la misma pena".

El Cronista Miguel Cabello de Balboa, que escribió de 1576 a 1586 su "Historia del Perú Bajo la Dominación de Los Incas", hablando de las hazañas de Túpac Inca Yupanqui, refiere que, después de la Conquista del Reino de Quito, se enteró de la existencia de un puerto, y acampó con su ejército en Manta, Charapoto y Picuaza. "Fué en esta marcha y de lo alto de una montaña, dice, que vió por primera vez el mar, al cual adoró y llamó *Mama Cocha* o *Madre de los Lagos*"; y agrega que construyó balsas y se hizo a la mar con sus tropas; a continuación de lo cual se expresa así:

"Los historiadores peruanos pretenden que ese viaje duró más de un año, y que el Inga descubrió en el Mar del Sur unas islas que se llaman Haguachumbi y Ninachumbi. Sin embargo, yo no me atrevo a confirmar este hecho ni determinar cuáles son las islas de las cuales se hace aquí mención; pero los Indios cuentan que el Inga llevó de esta expedición gran número de prisioneros cuya piel era negra, mucho oro y plata y un trono de cobre y pieles de animales semejantes a los caballos. Se ignora absolutamente en que parte del Perú o de los mares que bañan sus costas ha podido encontrar objetos semejantes. Todo lo que puedo decir es que el año de 1585, que acaba de pasar, don Alonso Niño, que regresaba de la Nueva España a Lima en un navío cargado de mercaderías que le pertenecían, y venía con él un piloto de Sonsonate, llamado Juan Gómez, descubrió el viernes 25 de febrero unas islas muy hermosas, que parecían cortadas por cadenas de montañas muy elevadas y valles muy profundos".

"Se cree, dice después, que estas islas están al Este Sud Este de La Plata, en los alrededores de Manta, y que, según la ruta que siguió don Alonso Niño, deben estar a distancia de cien leguas más o menos del puerto de Payta; si ese negociante hubiera tenido más valor y ambición, sabríamos positivamente si esas islas son las que fueron visitadas por Topa Inca Yupanqui y su flota. Pero preciso es contentarnos con conjeturas, hasta que un hombre más atrevido tenga la audacia de explorarlas".

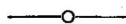
Cuenta también Cabello Balboa el hallazgo de Nicolás Degio, de un archipiélago situado a cierta distancia de la Costa; pero no precisa, ni siquiera aproximadamente, si se trata de decenas o centenas de millas, "Que comienza al grado 7º de latitud septentrional, y que se extiende muchos grados más allá de la línea" y reflexiona: "Fué allá probablemente donde desembarcó el Inga, y de donde llevó todas las cosas de que hemos hablado".

Posiblemente el hallazgo se refiere al archipiélago de Galápagos, aunque la latitud indicada no corresponde con la de estas islas.

También Herrera trató de las islas. Cuando en 1852 los Estados Unidos nos disputaron el derecho de propiedad sobre las de Lobos, el Ministro de Relaciones Exteriores de entonces, Doctor José Manuel Tirado, lo citó entre otros autores, en la forma siguiente:

Describiendo el viaje de Francisco Pizarro dice en la década 3ª, Cap. 7: "Determinó Francisco Pizarro de pasar adelante en su descubrimiento, llevando un muchacho que le dieron para que mostrase el puerto de Payta, que por ser muy bueno es ahora la principal escala del Perú y está a 5º, y siguieron su navegación y descubrieron el puerto de Tangarara, y llegaron a una isla pequeña de grandes rocas donde oyeron bramidos temerosos; pero como estos valientes castellanos no se espantaban, saltaron en el batel a reconocerlos y hallaron que eran lobos marinos, de los cuales hay muchos en aquella costa y muy grandes. Pasaron a una punta a que dieron el nombre de Aguja, etc."; en la descripción de las islas y tierra firme, dice, contrayéndose a la costa del Perú: "Llevan los indios de las islas de Lobos Marinos mucho estiércol de aves para sus heredades, con que de estéril hacen la tierra fértil. Hay en la costa de esta Audiencia (la de Lima) desde la Punta de la Aguja, por donde se junta con la del Quito, en 6º de altura austral, las islas, puertos y puntas siguientes: dos islas que llaman de Lobos Marinos, en 7º la una, 4 leguas de la costa, y la otra más a la mar, y adelante otra que llaman de San Roque..."

Cita a otros autores el Canciller peruano, en su famosa nota, de la que en el capítulo relativo a las Islas de Lobos transcribo algunos pasajes, y entre ellos, a Jorge Juan y Antonio Ulloa, Alcedo y varios marinos ingleses y yanquis. Uno de éstos, el Capitán Morrell, en 1852 tuvo el candor de creer que había descubierto el guano de las aves marinas en las islas de Lobos, comenzó a extraerlo y se creyó con derechos para ello, en su calidad de "descubridor". Felizmente, aunque el eminente internacionalista Daniel Webster, Secretario de Estado entonces, amparó en un principio este despropósito y sostuvo que, por hallarse las islas fuera del mar territorial peruano, es decir, a distancia de más de un tiro de cañón, no nos pertenecían: ante la bien documentada réplica de nuestro Canciller, honradamente confesó su error y enmendó rumbos.



En los tiempos actuales, como ya hemos dicho, sólo de modo incidental se mencionan las islas.

En la obra "La Pesca y las Industrias Pesqueras en el Perú", de Reginald H. Fiedler, Norman D. Jarvis y Milton J. Lobell, se dice:

"Las islas en la costa peruana son de suma importancia por varias razones. Su principal valor está en las acumulaciones de guano dejadas en ellas por los millones de pájaros marinos que las utilizan como lugar de anidar y de descanso. También son importantes debido al abrigo que dan a los botes pequeños dedicados a la pesca. Se encuentran muchas especies de peces alrededor de estas islas, y en mayor abundancia que en las aguas más abiertas".

A lo anteriormente dicho se agrega:

"Todas las islas en la región peruana se encuentran dentro o justamente junto a la curva de cien brazas. Del Norte al Sur las más importantes son: Lobos de Tierra, Lobos de Afuera, Macabí, Guañape, Chaco, Viudad, Corcovado, Santa, Blanca, Ferrol, Tortuga, Don Martín, las islas de Huaura (inclusive Mazorca y Pelado), Hormigos de Tierra, Pescadores, San Lorenzo, Hormigas de Afuera, Pachacamac, Asia, Chinchá, Ballestas, San Gayán, Viejas y Santa Rosa. Al Sur de Santa

Rosa (más o menos a 14°20' Sur) hay unas cuantas islas pequeñas; por lo general son rocas pequeñas aisladas cerca de la playa".

En abril de 1947 se realizó una atrevida expedición científica para comprobar la posibilidad de que las culturas de la antigua Polinesia fuesen de origen peruano. Una balsa de 14 metros tripulada por seis escandinavos, salió del Callao para cruzar el Océano Pacífico; era una embarcación no superior a la que pudieron usar los americanos que hace siglos o milenios se trasladaron por la misma ruta a la lejana Oceanía.

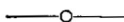
En artículo titulado "Perú a la Polinesia", el doctor Thor Meyer-dal, publicado en "Selecciones del Reader's Digest", de enero de 1948, uno de los expedicionarios, describe el viaje. A propósito dice:

"Pocos siglos antes de la era cristiana hubo entre los primitivos moradores del Perú un renacimiento extraordinario. En las mesetas andinas, lo mismo que en la Costa, floreció una de las más eminentes civilizaciones del mundo prehistórico, dirigida por grandes organizadores que enseñaron a los indígenas a levantar imponentes ciudades, templos, fortificaciones, y a construir caminos, pavimentos, acueductos, puentes colgantes, terrazas y sistemas de irrigación para cultivar las pampas y laderas desérticas".

Relata luego cómo esos hombres fueron arrojados del país, pero Kon-Tiki, príncipe sacerdote de ellos, logró escapar y desapareció para siempre en el océano. Esta versión y la existencia de ciertas similitudes de lenguaje, producciones, etc., permite aceptar la posibilidad del origen peruano de la cultura Polinesia.

Efectivamente, los expedicionarios llegaron sin novedad a un atolón del archipiélago de Tuamotú, y destruida la balsa en el choque contra las rocas, fueron rescatados por los Polinesios. "Estos eran descendientes de Maui Tiki Tiki, dice el articulista, que vino a las islas Polinesias desde la tierra de donde el sol sale por la mañana".

Esta misma expedición fué realizada por don Alvaro de Mendaña, marino español, quien salió del Callao el 19 de noviembre de 1567, en busca de nuevas tierras, con dos naves tripuladas por 120 hombres, descubrió las islas de Salomón, entre las cuales figura Guadalcanal, tan mencionada en las luchas de la última guerra mundial. En una segunda expedición, iniciada el 11 de abril de 1595, repitió la empresa, y tocó en unas islas a las que dió el nombre de "Marquesas", en honor del Marqués de Cañete, Virrey del Perú.



Las eutrapelias más dulces de mi vida han sido los viajes y excursiones por todos los ámbitos de mi país; y entre ellos ocupan lugar preferente las andanzas por las islas que, en curva paralela a la del litoral, se levantan no muy lejos de él. Son, todas de pequeñas dimensiones, áridas, carentes de agua en absoluto, pues no llueve en nuestra Costa. Las perforaciones, incluso las practicadas en ellas a gran profundidad, han dado siempre resultado negativo. Por lo general estos peñones se presentan desgarrados, conmovidos y hechos pedazos por las tempestades marinas, la erosión de las aguas y los vientos y por los terremotos, que con harta frecuencia sacuden las tierras del Pacífico.

En estos peñones, trozos tal vez de una cordillera tragada por el océano, aislados, solitarios y de terrible aspecto, he disfrutado banque-

tes de luz, orgías de libertad, espacio infinito para la imaginación, y hasta la sensación, casi palpable, de la presencia de Dios. Cuando se pasa días y noches en medio de una roca azotada por las aguas y a merced de los huracanes, rodeado de riesgos y sin defensa alguna contra las iras de la naturaleza, se siente en toda su desnudez la humana miseria, y, también, que estamos entre las manos de Dios. Las mismas condiciones nos rodean en todas partes, pero en las urbes, el tráfago de la multitud y el ruido de la vida las disimulan.

No son pues frívolas andanzas e inútiles solaces, sino horas de fecundas y saludables lecciones las que debo a mis vagares por islas y peñones de la costa peruana.

Es ya tiempo de emprender la reivindicación de nuestras islas del océano, tan exóticas y atrayentes, valiosas para la economía nacional y más para el artista, por los bellísimos paisajes que en ellas abundan, preciosas para el turismo, llenas de sugerencias para la ciencia y de misterios, que nadie ha tratado de estudiar, como el de la falta absoluta de agua subterránea en ellas, a pesar de que en la Costa, y a poca distancia de las islas, abunda, a veces a pequeñísima profundidad, cuando no aflora naturalmente.

Por una paradoja, las islas del Pacífico, que son centro activísimo de vida, pobladas por millones de aves, rodeadas de mares pródigos en pesca y plankton, inundadas a pleno por los rayos del Sol —la fuente vital más poderosa— productoras del fecundante que vivifica al mundo vegetal; son, al mismo tiempo, el reino de la muerte. En esos peñones áridos y yermos, osamentas verdidas de una cordillera que se tragó el mar, privados de agua potable como la Luna, —el cadáver de astro que los baña en su luz fría,— el ser humano sólo puede subsistir a condición de recibir de los valles de la Costa el alimento y el agua de cada día. Tal vez por eso los peruanos precolombinos las utilizaron como cementerios. Los indios iban a ellas a enterrar a sus muertos, dicen algunos cronistas; ahí celebraban pavorosos sacrificios humanos, dicen otros. Y los hallazgos de momias decapitadas, todas ellas de mujeres que sin duda fueron jóvenes y vírgenes, porque así se las ofrecía a los dioses, y de alta calidad, a juzgar por los atavíos y joyas que ostentan, nos permiten, una vez más, decir que las solitarias islas del Pacífico son el reino de la muerte.

Rendíase en ellas culto a la Luna, el satélite pálido, cadáver que rueda por el espacio, sin esperanza de que en sus mares secos, páramos desolados y ríspidas montañas, vuelva a surgir la vida, ni aun en sus más mínimas expresiones. Por eso la intuición de los griegos hizo de la Luna una divinidad temible, sol de los muertos.

De manera general, la divinidad de las culturas de la orilla del mar era la Luna; a diferencia de la serrana, que era el Sol. Esto se explica fácilmente por la influencia de la Luna sobre el mar. En los puertos la observación de la acción de la Luna en las mareas —muy superior a la del Sol— era un dato precioso para los pescadores y navegantes, a la del Sol— era preciosa para los pescadores y navegantes. E. P. Calancha, en su famosísima *Crónica Agustiniense Moralizada*, nos habla de los *Pacatnamus* (de Pacasmayo), que adoraban a la Luna, (7) y del hermo-

(7).—Calancha Ob. Cit.

so adoratorio llamado *Sian* que le erigieron; y afirma que teníanla por superior al Sol, pues éste sólo aparece de día, en tanto que aquélla brilla a voluntad, de día y de noche, y cuando se enoja con el astro diurno, lo oscurece con el manto funeral de los eclipses, fenómeno que aterrorizaba tanto a los antiguos peruanos, haciéndolos llorar y clamar desesperadamente, temiendo que la Luna ahogase para siempre al Sol, que fecunda sus tierras y calienta sus vidas.

Según ellos la Luna hacía viajes periódicos para castigar a los ladrones, lo cual explicaba sus ausencias. En algunos puntos de la Costa se le ofrecían sacrificios humanos, y en la tierra mochica, el de niños de cinco años.

Parece que la Luna fué siempre una divinidad terrible. En la antigua Grecia recibía diferentes nombres, según su aspecto. Era Hécate, la de los sacrificios cruentos, cuando aparecía entre manchas negras y rojas —muerte y sangre— presagiando males, divinidad de los mis-

Entre los Aztecas el Sol y la Luna son hermanos, varón él, hembra la Luna. Tienen por madre a la diosa Coatlicue, divinidad triforme, representativa de la Tierra que crea y destruye. Son enemigos entre sí, y en un momento dado ella, auxiliada por las estrellas ataca al Sol y trata de darle muerte, pero en ese instante nace, del vientre de Coatlicue, el Sol, esto es, Huitzilopochtli y extermina a sus atacantes. Aquí el simbolismo es clarísimo, como en la mayor parte de los mitos griegos, a pesar de la teoría de que los dioses son el lejano recuerdo de héroes humanos; representa la lucha del día y la noche, la luz y las tinieblas en cada madrugada.

Según el mito Azteca, Sol y Luna aparecieron casi al mismo tiempo; y los dioses, airados contra ésta, que osaba rivalizar con aquél, golpeáronla con un conejo en el rostro; así explican las manchas del astro nocturno, en las que los antiguos mexicanos creían ver la figur de un conejo.

Veamos un breve capítulo "La Religiosa de los Aztecas", de Alfonso Caso:

"Esta idea de que el hombre es un colaborador indispensable de los dioses, ya que éstos no pueden subsistir si no son alimentados, se encuentra claramente manifestada en el sangriento culto de Huitzilopochtli, que es una manifestación del dios solar.

"Huitzilopochtli es el Sol, el joven guerrero que nace todas las mañanas del vientre de la vieja diosa de la tierra, y muere todas las tardes, para alumbrar con su luz apagada el mundo de los muertos. Pero al nacer el dios, tiene que entablar combate con sus hermanos, las estrellas, y con su hermana la Luna, y armado de la serpiente de fuego, el rayo solar, todos los días los pone en fuga y su victoria significa un nuevo día de vida para los hombres. Al consumir su victoria es llevado en triunfo hasta el medio del cielo por las almas de los guerreros, que han muerto en la guerra o en la piedra de los sacrificios, y, cuando empieza la tarde, es recogido por las almas de las mujeres muertas en parto, que se equiparan a los guerreros porque murieron al tomar prisionero a un hombre, el recién nacido. Durante la tarde, las almas de las madres conducen al Sol hasta el ocaso, en donde mueren los astros y a donde el Sol, que se compara al águila, cae y muere y es recogido otra vez por la Tierra. Todos los días se entabla este divino combate; pero para que triunfe el Sol, es menester que sea fuerte y vigoroso, pues tiene que luchar contra las innumerables estrellas del norte y del sur, y ahuyentarlas a todas con la flecha de luz. Por eso el hombre debe alimentar al Sol, pero como dios que es, desdeña los alimentos groseros de los hombres y sólo puede ser mantenido con la vida misma, con la sustancia mágica que se encuentra en la sangre del hombre, el *chalchiuati*, el "líquido precioso", el terrible néctar de que se alimentan los dioses.

"El azteca, el pueblo de Huitzilopochtli, es pueblo elegido por el Sol; es el encargado de proporcionarle su alimento; por eso para él la guerra es una forma de culto y una actividad necesaria, que lo llevó a establecer la *Xochiyaoyotl* o Guerra Florida, que no tenía por objeto apoderarse de nuevos territorios, ni imponer tributo a los pueblos conquistados, sino procurarse prisioneros para sacrificarlos al Sol. El azteca es un hombre que pertenece al pueblo elegido por el Sol, es su servidor y debe ser, en consecuencia, antes que nada, un guerrero y prepararse desde su nacimiento para la que será su actividad más constante, la Guerra Sagrada".

terios órficos, engendrada por Perseo y nacida del obscuro seno de la Noche. (8)

Todavía hoy, en algunas de nuestras poblaciones costeñas los hechiceros esperan para practicar sus sortilegios, la pálida luz del astro sin calor, cuyos fulgores despiertan a los muertos y son propicios a los pávidos fantasmas y a los lívidos espectros.

En la "Historia de la Cultura Antigua del Perú", el doctor Luis E. Valcárcel, dice:

"Al examinar la cultura peruana andina halla el P. Schmidt que el sol es un personaje totémico semejante al Bundjil de las tribus del S. O. de Australia, tanto como el Bochica de los Chibchas. Reconoce, sin embargo, que no es una concepción pura sino mezclada con elementos matriarcales. Serían éstos en el orden mítico, los referentes al carácter femenino de la luna considerada también como caverna y al hecho frecuentemente relatado de haber sido madre de dos gemelos: uno que es la propia luna brillante, bella y sabia, y el otro la luna oscura, torpe y mala que todo lo corrompe. La araña es un animal lunar, lo mismo que el quirquincho. Como se sabe, Ehrenreich trató extensamente de estos tópicos, en especial del tema de los hijos gemelos. Estos pasarían a ser en la cultura matriarcal libre, el sol y la luna (9) *Mibircucha*, dios warayo, es identificado, muy hipotéticamente, con *Wiracocha*". (P. 68).

"En la "Huaca Aguilar", dice Villar Córdova, se encuentran ruinas del tipo primitivo del Callao. En las riberas del "Camotal" y del "Boquerón" probablemente vivirían algunos pescadores que tendrían la misma cultura que los de la isla "San Lorenzo", en cuya cumbre se hallaba el "Templo de la Luna". En esta isla se encuentran, dice el doctor Carlos Romero, las ruinas de una población mochica llamada *Sina*, ra-

(8).—Para los Chibchas de Colombia existía una divina pareja formada por Bochica, que es el Sol, dios benefactor de los hombres, y Chia, llamada también Yubecayhualla o Huytaca, mujer pérfida. Mientras aquél trataba de redimir a los humanos de la barbarie en que vivían la perversa Chia hizo desbordar el río Funzhá, produciendo así el diluvio chibcha. Bochica la castigó arrojándola del cielo durante el día y reduciéndola a alumbrar durante las noches. (H. Beuchat. — Manual de Arqueología).

Los Chibchas ofrecían sacrificios de niños, tanto a Chia como Bochica.

Resulta así que entre los Chibchas se considera como un castigo el que la Luna sólo alumbrase de noche; en tanto que en algunos reinos del Perú, esta divinidad era superior al Sol, porque se presenta tanto de día como de noche; mientras que aquél sólo brillaba durante el día.

En la cita del P. Schmidt que reproduce el Dr. Valcárcel, la Luna es a veces bella y sabia, y otras torpe oscura, como en Grecia donde Diana, la Diosa de la castidad, Hécate la sanguinaria, o la impura Astarte de los Fenicios.

(9).—Véase Los Tiempos Mitológicos, de Moreau de Jonnes, quien dice:

"Ya en disposición de crear dioses, el politeísmo llenó de ellos la naturaleza; pero dirigiéndose primero al hombre y no personificando los elementos o las fuerzas cósmicas. Se atribuyen a tal o cual príncipe un poder mágico sobre los vientos y el trueno. Que en la entrada del Bósforo cimeriano se viesen asaltados los navegantes por las ráfagas del Norte, soplando de las islas Meótidas habitadas por los boréades, pueblo de encantadores, y ya había bastante para que su rey Boréas fuese considerado como el árbitro de los aquilones, que desencadenaban a su voluntad".

El mismo autor, hablando de Osiris, el dios de los muertos de los egipcios, dice: "Ha sido un rey, hijo de Amón, que divinizó a su padre y posteriormente fué divinizado él por sus sucesores". Osiris cesó de ser un rey delicado, y fué un dios encarnado para felicidad de los hombres. Luego, de siglo en siglo, la idea fué realizando progresos, y los colegios sacerdotales llegaron a negar que Osiris hubiese vivido jamás. Esto es lo que repitieron a Solón, a Hecáteo, a Plutarco y a todos los viajeros instruidos que los visitaron, insistiendo en el carácter puramente abstracto del supremo dios de Egipto".

zón por la que en tiempos de la Conquista se la conocía con el nombre de "Isla Sina". (P. 177).

El mismo doctor Villar Córdova nos ofrece el siguiente dato:

"El Adoratorio de Huachu.— En la campiña de Huacho se levanta un montículo artificial, el más grande de todos, conocido con el nombre de "La Huaca", que seguramente era la pirámide sagrada o templo, alrededor de la cual cuentan los naturales algunas leyendas que tienen relación con una isla de guano llamada de "Las Animas", que se halla en la bahía de Carquín. Creían los pueblos de Huacho que las almas de los muertos iban a esta isla conducidos por los lobos de mar, a los que veneraban con el nombre de "Tumi". Esta leyenda fué recogida por el cronista Padre Calancha en su *Crónica Moralizada de la Orden Agustina*.

"Semejantes a estos mitos se registran también en Pachacamac otros, que relacionan la gran pirámide o santuario de Pachacamac con unas islas que se encuentran en esta bahía, y que para aquellos creyentes eran diosas encantadas y protectoras de las almas. Por eso en la segunda pirámide se encuentra un vasto cementerio. Creían también en una "Upamarca", "tierra muda", y para llegar a ellas había que pasar un río sobre un puente de cabellos muy finos y que las almas eran auxiliadas en esta difícil travesía por unos perros negros, "alccos"; este viaje de las almas hacia las islas o a la cumbre de las cordilleras figura también en las leyendas andinas, una de ellas con el nombre de Huacoto". (P. 247).

En el Vol. 1, Nº 3, de la revista "Inca", "Órgano del Museo de Arqueología de la Universidad Mayor de San Marcos" —julio, septiembre de 1923— el doctor Hugo Kuniike estudia los diversos mitos de la Luna entre los antiguos peruanos, en un artículo que titula: "El Jaguar y la Luna en la Mitología de la Altiplanicie Andina", en el cual, a pesar del rubro, se refiere también a los mitos de la Costa. Dice así:

"El culto de la Luna parece, por consiguiente, y como hemos visto al considerar la figura de Viracocha, haber sido el más antiguo en el Perú; sin duda más tarde fué desalojado por el culto del Sol, que tenía su asiento en el Cuzco, la poderosa capital de los Incas. Según Calancha, los Chimús veneraban a la Luna, Si, más que al Sol, y según el mismo, los indígenas de Pacasmayo, en su templo denominado *Sian*, (Casa de la Luna), tenían a la Luna como a la divinidad suprema..."

En el libro "MI PAÍS" 2a. Serie, he hablado sobre este tópico, refiriéndome a las ideas mitológicas de la Grecia (P. 409), y en la 1a. Serie (P. 329), recordé cómo durante el eclipse total de sol de 1937, presenciado en la quebrada de Casma, los indios se entregaban a manifestaciones de desesperación y llanto incontinente, al ver cómo la mancha iba cubriendo al astro del día; y clamaban misericordia porque la Luna estaba matando al Sol, que es el astro que alimenta la vida.

Rebeca Carrión Cachot, en un interesante trabajo presentado al Congreso Internacional de Americanistas de Lima, de 1940, bajo el rubro: "La Luna y su Personificación Ornitológica en el Arte Chimú", se ocupa de un dios o diosa pájaro, que acompaña a la Luna, la que se presenta con una corona semilunar, en huacos, tejidos y piezas de oro y plata, en los centros que llama del Chimú clásico.

"La divinidad antropomorfa, dice Rebeca Carrión, aparece generalmente de pie o pocas veces sentada, cuando es conducida en litera. Las manos frecuentemente apoyadas en el pecho o llevando en una de ellas un vaso y en la otra, un cuchillo u otros objetos ceremoniales, como bolsas y sonajas. El rostro tiene ciertos caracteres más o menos constantes que difieren de los que presentan los otros seres míticos chimú, como los ojos oblicuos con un globo ocular grande; el pico, pocas veces figurado como tal, representado como una nariz casi humana, en ciertos casos con bandas trasversales que deben corresponder a las carúnculas; los carrillos pintados de rojo dejando en claro los contornos de la nariz y la boca; el tronco y los brazos humanos y las patas con pantalones y garras". (P. 573).

"Es la divinidad Chimú del período clásico en la que se encuentran muchas de estas trinidadas, donde el Ave Humanizada está acompañada de dos mujeres que la llevan de la mano, de dos muchachos de su misma naturaleza, a juzgar por la indumentaria semejante a la suya, o bien de dos aves o de dos mamíferos que parecen perros o zorros, todos ellos con las insignias de familia: ojos oblicuos, tocado de plumas y grandes orejeras de borlas". (P. 579).

"En los huacos de El Cortijo (Chanchán), son aves antropomorfas las que acompañan a la divinidad. Esta lleva la diadema semilunar, que es su distintivo, y una red atada a la cintura. Otras veces es conducida por perros y lleva cuchillos de sacrificar. Otras la acompañan dos niños echados de bruces. En una tela de Pachacamac figura con cuatro cabezas a los lados. En la Huaca Pintada, de Lambayeque, apareció en un gran fresco. Envases y cuchillos de oro, con turquesas y perlas".

Rebeca Carrión, que desde el fallecimiento del doctor Tello es Directora del Museo de Antropología de la Magdalena, tuvo a la vista 145 piezas, entre ceramios, telas y objetos de oro y plata mochicas, de las que resulta no una diosa sino un dios lunar, caracterizado por un nimbo, más bien que corona, plumillado, para significar los rayos luminosos, con franjas de dibujos a la manera de dientes de sierra ligeramente curvos, estilización de las olas, acompañado de aves marinas o nocturnas —estas serían representativas de la noche, escenario de la Luna— ataviado con redes de pescar; y siempre llevando en las manos cuchillas, que dan la idea de sacrificios, y vasos destinados, sin duda, a recoger la sangre de las víctimas. A veces llevan al dios terrible, o son llevados por él, dos mujeres o dos niños, que pueden ser los que van a ser sacrificados.

La Luna pues ha sido objeto de especial culto en las islas, y aunque se carece de un estudio que pueda determinar en qué consistían las ideas religiosas acerca de ella, materia que es imprecisa aun tratándose de las Mitologías de Oriente y Grecia, no cabe duda de que variaba de localidad en localidad, y aun de que en un mismo lugar se la consideraba de diferentes maneras, además de la evolución de las ideas a través del tiempo, pues en religión, como en todo, existe evolución y progreso.

Tratándose de la diosa lunar en Grecia, esta divinidad era llamada *Triforme*, porque tenía, por lo menos, tres expresiones distintas: la hija de Latona y hermana de Apolo era Diana, Febea y Hécate; como Diana vivía libremente en los bosques y florestas, dedicada a la cace-

ría, y conservaba su castidad, como Febea conducía en los cielos el carro del astro de la noche, como Hécate era divinidad infernal y maléfica. En sus tres formas era adorada con sacrificios humanos, especialmente en la tercera, a la que en el Quersoneso Táurico se le consagraban como víctimas a todos los náufragos. La Luna de las islas se parece más a esta última que a las dos primeras.

Estas "trinidadas" de los viejos peruanos de que habla la articulista, nada tienen que ver con la triple personalidad de las divinidades; se refieren a la circunstancia de representársela acompañada por dos niños o dos pájaros; son pues, en realidad, "tríos" más que trinidadas. Pero en la cosmogonía peruana existe la trinidad verdadera. Poseo un huaco, extraído por mí en Virú, del que héme ocupado varias veces, que es un individuo sin sexo, con atributos sacerdotales o regios, al cual sale de la cabeza otro menor, mitad humano mitad felino; y de la de éste emerge un tercer personaje, que ya es un puma perfecto. El primero de ellos está desnudo, carece de sexo y tiene por únicos adornos siete triángulos en bajo relieve. A pesar de haber hecho muchas consultas, no he podido penetrar en su significación, ni siquiera establecer si es representativo de la evolución de hombre a dios o si representa una trinidad. La primera explicación estaría de acuerdo con la teoría en boga acerca de las Mitologías, según la cual, los dioses de todos los pueblos han tenido existencia real y han sido reyes o personajes, a quienes a través de los siglos se ha ido revistiendo de atributos fabulosos, y cuyo recuerdo se ha convertido, poco a poco, en culto religioso, hasta hacer de ellos divinidades. (10).

Sucedía en el antiguo Perú, como en el Egipto, que cada pequeño Estado tenía su Olimpo. En esta obra nos interesan más los dioses de los reinos de la Costa, aunque no por eso prescindimos de los de la Sierra, pues al extenderse la dominación del Incario, éste, aunque sin eliminar a las divinidades locales, impuso al dios Sol, Inti Texe Huiracocha, a la vez que proscribió los cultos sanguinarios y contra natura.

La teología viejo peruana habla de dioses y demonios, sin que sea posible averiguar si este último concepto es autóctono, o si es de origen colonial y representa al demonio de las religiones del Viejo Mundo. El doctor Tello sintetiza este mito en las palabras siguientes, (Ob. cit.):

"Un gran Demonio y cuatro Dioses son los creadores y controladores de las fuerzas y fenómenos del mundo indio. El Demonio es un Dragón que afecta formas monstruosas, inspiradas en las de los animales más espectaculares y fieros del medio geográfico, como el lagarto, la ser-

(10).—En el antiguo Egipto, la Luna es a veces dios a veces diosa, y se distingue el dios lunar, masculino y la divinidad femenina Luna, aquél lleva el nombre de A'ha; y y ésta el de Necheb.

En las inscripciones de esta diosa, dice Juan Dümichen, en la "Geografía del Antiguo Egipto", se la denomina frecuentemente de Necheb, Hat-Hat, que quiere decir: la muy blanca, y se la llamaba así por razón de la luz blanca de la luna".

Muchos siglos más tarde, cuando la undécima dinastía asienta en Tebas —la ciudad de las cien puertas— la capital del imperio, que antes estuvo en Memphis, la divinidad tutelar es Amón, a su lado están como dice Meyer: "Su esposa, la diosa Mut o Mut-uer, "la gran madre", y además está el hijo Chunsu, que se manifiesta como dios-luna". Una vez más el astro de la noche representa a un dios masculino".

piente o el felino, idealizados fantásticamente. Este Dragón es personificación de los poderes supremos de la naturaleza; creador y padre común de todos los seres del Universo. Sus múltiples poderes se manifiestan por fuertes temporales, vientos huracanados, movimientos tectónicos y otros fenómenos meteorológicos, el dueño supremo controlador de las aguas. Dos de los cuatro dioses son el Sol y la Luna, hijos del Dragón, hermanos y esposos. El primero personificado en la figura de un varón zoomorfo, cuyo principal atributo es la producción de la simiente primera: célula germinal, elemento masculino generatriz, fundamento de la vida vegetal y humana y fuente primera del calor y de la luz. La segunda, personificación en una mujer ornitomorfa, cuyo principal atributo es la producción del huevo cósmico o del óvulo destinado a ser fecundado por el Sol. Los dioses restantes son los *Mellizos*, hijos de los dos anteriores: uno macho, vigoroso e inteligente; y el otro hembra, o varón, débil y retardado. El primero acompaña al Sol y es el progenitor de la humanidad; y el segundo acompaña a la Luna y es la víctima sacrificada, la débil auquénida o el raquítico niño o niña, de cuyos despojos se originan las plantas alimenticias... La Luna es una hermosa ave marina, diosa de la pesca que hace su aparición en la isla, en medio de una multitud bulliciosa de otras aves marinas; allí espera al sol, cohabita con él y recibe su calor y rayos fertilizantes. Las otras aves subordinadas (igualmente fecundadas por el Astro, son sacrificadas. La Luna es dueña del guano, mediante el cual pasan a la tierra los vivificantes poderes de ambos dioses". (P. 27).

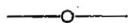
Este mito de los mellizos recuerda al dios solar Horo de los egipcios, espíritu de la luz, siempre en lucha con su hermano gemelo Set, que lo es de las tinieblas.

A estos tres seres divinos, Dragón, Sol y Luna, hay que agregar otra, una pareja de hijos de los dos últimos: El Lucero de la Mañana y el de la Tarde, como el mismo Tello lo expresa cuando dice:

"El conocido mito cosmogónico de los *Mellizos*, en el que figuran el Dragón, el Sol y la Luna y los Luceros, aparece difundido en todas las regiones del área andina, desde las montañas hasta el litoral del Pacífico. Entre las múltiples modalidades locales que presenta, se descubre siempre el mismo argumento fundamental; un solo mito: la creencia en el Dragón que devora a la Luna, hermana y esposa del Sol, y los hijos mellizos de la pareja, uno de los cuales venga la muerte de su madre y es, a la vez, padre de la humanidad, y el otro que se convierte en los frutos con que se alimenta, campea con sorprendente uniformidad en todos los mitos y leyendas". (P. 41).

A pesar de lo dicho por tan incontestable autoridad, abrigo mis dudas sobre el sexo de la Luna en las teogonías de la Costa y de la Sierra. Me parece que la feminidad de esta divinidad se debe a la influencia de la feminidad de la Luna en la mayoría de los pueblos occidentales, y muy especialmente en España, de donde captamos la civilización moderna, y de donde provienen los primeros cronistas en cuyos relatos influyen tanto las preocupaciones e ideas propias, que hasta hablan de la presencia de la Virgen María, Santo Tomás, etc., y hasta del culto de la cruz de Cristo en el Perú precolombino. Ya he referido mi experiencia en la quebrada de Casma en los días del eclipse total de Sol de 1937, y he recordado una serie de episodios, concordan-

tes con otros consignados por los cronistas, en los cuales el astro de la noche se exhibe con arrestos varoniles. (10).



Sin embargo es honrado recordar que el doctor Tello, a quien tantas veces acompañé en sus excursiones, parecía tener ideas religiosas tan alejadas de las nuestras como próximas a la de los antiguos peruanos, cuya sangre, sin mezcla, se preciaba de poseer; y me parece que algo más que la sangre. En la versión sobre el Dragón de la mitología peruana, menciona a los dioses con D mayúscula, y lo mismo hace cada vez que escribe el nombre de ellos, incluso el del demonio. En la misma obra es acentuadísima la influencia del discutido y postrimer cronista Huamán Poma de Ayala. Todo el último libro está empapado en *pomismo*; lo cual no es extraño, pues la parcialidad entre indigenistas e hispanistas o godos ha llegado a límites de gran exageración, y, mientras para los primeros el mencionado cronista es el poseedor de las grandes verdades y autor de las magnas relaciones, para los hispanistas no pasa de un menguado ingenio local. El doctor Raúl Porras Barrénechea sintetiza la "Nueva Crónica y Buen Gobierno" con estas palabras:

"No es posible juzgar el valor histórico de la obra de Huamán Poma fundándose en criterios racistas o sentimentales. Es un mérito que un indio de su tiempo con su escasa y confusa cultura, pero ayudado por su viva intuición, abordara la hazaña intelectual de escribir una crónica. Pero esto no puede llevarnos a divinizar todos sus yerros, impericias e inexactitudes. La crónica de Huamán Poma es una "monstruosa miscelánea", amasijo de quechua y español, en las que se mezclan y repiten, en la forma más burda, las más diversas y encontradas noticias sobre el pasado incaico y las épocas prehistóricas del Perú. Es necesario analizar con cuidado este baratillo o cajón de sastre, para extraer de él los hilos de oro de la tradición oral". (P. 57).

Y continúa:

"Hay un indicio desfavorable para el enjuiciamiento del valor histórico de la "Nueva Crónica" y con sus continuos errores y confusiones sobre la historia y geografía contemporáneas. Huamán Poma lejos de ser un erudito yerra a cada paso en las noticias más sencillas y divulgadas sobre hechos cercanos del Incario o de la Conquista, ocurridos en vida de sus padres o en la suya misma, invitándonos a desconfiar de sus aseveraciones sobre personajes y sucesos de épocas más lejanas".

Son muy explicables estas profundas divergencias entre dos hombres de la envergadura de Tello y Porras. Este es un historiador profundo, técnico, y, al mismo tiempo concienzudo y devoto de la perfección y exactitud más exigentes; y Tello igualmente sabio, tiene la mística de la raza. Porras reconoce el mérito de la obra de Huamán Poma y sus grandes aciertos, pero no perdona sus errores y repeticiones; en tanto que Tello se deslumbra con el sentido interior, y a veces esotérico, de la obra del extraordinario hijo de los Yarovilcas. (11).

(11).—Según datos del mismo Huamán Poma, los Yarohuillas de Huánuco eran señores del Chinchay Suyu, anteriores a los Incas.

Por mi parte, me limito a recoger las perlas que abundan en ese informe "conchal" o "kjoekkenmocdding" (12) que es la "Nueva Crónica y Buen Gobierno" de Felipe Huamán Poma de Ayala.

En el Tomo III de la "Revista Histórica" (Lima, 1908), M. González de la Rosa, en un artículo rubrado "Estudio de las Antigüedades Peruanas Halladas bajo el Huano", aporta una serie de datos altamente interesantes, tomados directamente por él en los años 1869 a 1872, de personas que se hallaban en contacto con las islas. Uno de éstos, Ambrosio Heros, Gobernador de las de Guañape, contestando una carta del interrogante, dice:

"En Guañape y Macabí se ha encontrado, a algunos metros de profundidad, en los cortes de guano, algunas antigüedades de los indios, como huacos de oro y plata, macizos y en planchas; herramientas, muy finas, de varios metales para tejer, largas franjas de plata, muy delgadas, con animales en relieve, huacos de barro, chicha, maíz, trozos de bayeta amarilla, huevos de aves petrificados, esqueletos de pájaros, potoyuncos y lobos".

Como el informante es persona de escasa cultura, según se desprende del anterior párrafo de su misma carta, cree que las herramientas muy finas eran para tejer, cuando para este efecto los artefactos son muy rudimentarios; más bien debieron servir para embalsamar a las víctimas decapitadas, de las que en seguida tendremos noticia, por el siguiente fragmento de la carta de José María García, que transcribe el articulista:

"En esta isla (Guañape) Sur sólo se han encontrado ídolos y utensilios de madera negra y chonta, los primeros representando un hombre en cuclillas, con los brazos cruzados sobre el pecho y descansando en la cabeza cuadrada de un palo redondo, de ocho centímetros de diámetro y metro y medio de largo; los demás han sido bastones largos o varas, algunos tallados, y canaletas, que son una especie de remos cortos con pala ancha, tallada esta con figuras de distinta clase de pescados. Iguales figuras tienen los postes en que descansan los ídolos a que U. se refiere. En las de Macabí, según mis informes, se han encontrado vasijas de barro de distintas dimensiones, las pequeñas representando pájaros y otras figuras, las mismas que aparecen en la obra del Sr. Rivero, "Antigüedades peruanas", ollas, y, en éstas, figuras de oro de lámina y aun máscaras del mismo metal: piezas de género de algodón han hallado una inmensa cantidad, que hasta ahora se ven, pero todo podrido y un gran número de momias, todas sin cabeza y del sexo femenino".

Sabemos que los mochicas eran crueles (13) y ofrecían a sus dioses víctimas humanas; pero las mismas mujeres decapitadas aparecen

(12).—Los *Kjoekkenmodding*, llamados en inglés *Kitchen midden* (residuos de cocina), son depósitos de despojos de ciudades y centros poblados del Perú antiguo, de donde los arqueólogos obtienen fragmentos de tejidos, ceramios, utensilios, etc., que arrojan luz sobre los tópicos de sus actividades. El doctor Uhle, dice: bastará expresar residuos de cocina, en razón de que estos depósitos tienen especialmente marcado este carácter. Tello los llama, sencillamente, *basurales*.

(13).—"El mochica era inmisericorde en su afán de extirpar el mal, y prueba fehaciente de esta moral severísima la encontramos en las representaciones escultóricas y pictóricas de su arte de alfarero, donde asoma, con frecuencia, el gesto amargo, la mueca espeluznante y el esguince patético de los mutilados, personas a las que se les despojó de los labios, los pies, la nariz, los ojos y otros órganos" (*Los Mochicas*. — R. Larco Hoyle. — Lima, 1939).

en las islas Chinchas, a gran distancia de las primeras, y, en la zona de los Paracas y los Chinchas, que constituían reinos distintos y separados de aquéllos por muchos otros. Una carta dirigida en 1867 por el señor Enrique Swayne, rico hacendado del valle de Cañete, al insigne arqueólogo Squier, decíale:

"Aprovecho de la primera oportunidad para remitir a U. unos pescaditos de plata que ha descubierto en el huano de las islas de Chíncha uno de mis amigos, capitán de un buque costanero. Creo que contribuirán a demostrar la remota antigüedad de los primitivos habitantes de este país. Dicho amigo, el capitán italiano D. Juan Pardo, via sacar del huano, al mismo tiempo que los pescados, un cuerpo de mujer sin cabeza, la que después se encontró a cierta distancia del esqueleto. Cubrían el pecho y las costillas, láminas de oro muy delgadas, y todo era digno de conservarse cual reliquia de la antigüedad. Pero los operarios se repartieron el oro y lo vendieron a los capitanes de los buques que cargaban huano, y arrojaron el cuerpo al mar".

Esta carta la publicó Squier en un artículo titulado "Antiquities from Huano Islands", en una revista de Nueva York, dice González de la Rosa en nota al pie; y, como conclusión, afirma que los antiguos peruanos enterraban sus muertos en las islas. Pero lo que realmente fluye de los datos aportados es que en las islas se ofrecían sacrificios humanos, y que las víctimas eran mujeres, ricamente ataviadas y enjoyadas, como en el caso de la joven del collar de turquesas, decapitada, que se encontró en tierra firme, en el templo de Punkurí, en el valle de Nepeña, descubierto por el doctor Tello en 1933.

En cierto modo puede decirse que la cultura *muchik* es a la incaica, lo que la griega a la romana.

La Mitología más que una religión, es la manera de expresar los fenómenos de la naturaleza y los hechos históricos de los hombres de la antigüedad. Por tal razón la de los mochicas es interesante, y de más importancia que muchas otras, porque, como carecieron de escritura, hay que apelar a sus mitos para investigar lo que conocían, y lo que pensaban. Desgraciadamente no tenemos para ello un Champollion, un Müller o un Cox; y, por otra parte, careciendo de la documentación escrita, y lo que es más grave, ignorando las raíces del idioma. La labor es difícil, ya que no nos es dable emplear la palabra "imposible".

No pretendemos que la Mitología de los indios encierre las bellezas y filosofía de la Griega, producida por adaptación de la egipcia a través de la imaginación de los helenos, los hombres de más ingenio y exquisitez espiritual del mundo antiguo; pero no cabe duda de que el hondo sentido de los mitos mochicas, mayor mientras más se le profundiza, permite afirmar que tiene un contenido enorme, del que sólo poseemos atisbos, en razón de la falta de escritura; y que no es aventurado suponer, que el día que se tenga una clave exacta de la escritura de representaciones y símbolos que encierra su arte, podrá ponérsela al lado de la de los pueblos orientales.

El doctor Tello se ha interesado en la mitología mochica, pero incidentalmente y sólo para recoger datos; no conocía el idioma y no trató de profundizar en sus mitos. A él debemos una serie de referencias a la Luna como divinidad de aquellos hombres. También a Baessler, en su "Altperuanische Kunst" y a Means, en su "Ancient Civilizations of

Andes", debemos otros datos. González de la Rosa, en un artículo publicado en la "Revista Histórica" de Lima, —Tomo III, 1908. P. 39— nos aporta referencias valiosísimas, tomadas por él directamente de los negociantes y marinos que explotaban el guano de las islas; ellas nos permiten establecer que los yungas enterraban en ellas a sus muertos; pero siempre los cadáveres hallados son de mujeres decapitadas; y se ve que no se trata de condenadas, sino de sacrificios, a juzgar por la indumentaria y alhajas que llevan, indicadora de su elevada jerarquía. Coincide con esto el importante hallazgo del templo de Nepeña, en la Huaca Puncurí, en el cual a los pies del Felino, dios máximo, se encontró la momia de una mujer decapitada, ricamente vestida, con un collar que daba vueltas al muñón del cuello cercenado y caía sobre el pecho. Este sacrificio al Felino recuerda el de cincuenta doncellas que se entregaban cada año al Minotauro de Creta; lo cual induce, una vez más, a preguntarse, qué conexión, desconocida hasta hoy, existió entre el mundo antiguo del Oriente y el de Occidente.

En el Egipto antiguo, imperio bastante parecido al de los Incas, había un dios para cada ciudad o distrito; en tanto que en el Incario podía notarse un mito común, constituido por el Dragón, como Ser Supremo, el Sol y la Luna, que eran sus hijos, y a la vez, padres de los dioses mellizos: el lucero de la mañana y el de la tarde; sin que esto excluya las divinidades locales.

El egiptólogo Eduardo Meyer, se expresa así:

"A cada Estado corresponde un culto que, nacido de las necesidades de la comunidad social, es el lazo más antiguo y duradero que la mantiene unida. Por esto cada distrito tiene su dios especial, que le es necesario, al cual veneran sus adoradores, a quienes diferencia de los distritos, con la particularidad de que se diferencian no sólo en el nombre sino en el fondo".

La adoración de ciertos animales como el cóndor, el dragón y la serpiente, representativos del aire, la superficie de la tierra y el seno de ella, difiere de la del Egipto de la antigüedad, donde se veneraba a casi todos los animales, no sólo como símbolos sino en natura. Las páginas del Libro de los Muertos están llenas de escenas religiosas en las que figuran los dioses como personajes de cuerpo humano y cabeza de perro, de mono, de ibis, de gavilán, etc. Parece que Amos, monarca de las primeras dinastías, prohibió violentamente los cultos de diversos dioses, para imponer la divinidad solar como única; pero, a raíz de su muerte, los sacerdotes de los dioses proscritos desencadenaron una revolución y los entronizaron nuevamente.

Amon Ra, de los egipcios, el rey de los dioses, está tan por encima de ellos que no se ocupa de los hombres, ni éstos le rinden culto; es pues una concepción análoga al Pachacamac o ser supremo que llegaron a penetrar los Incas del Cuzco y algunos de los sabios y sacerdotes de los reinos de la Costa esto es, un ser invisible, fuerza creadora, a la que no se puede representar en manera alguna ni es permitido intentarlo.

Son de todos conocidas las palabras de Garcilaso sobre esta materia. (14).

En Babilonia se rendía culto, bajo el nombre de Ba'al, a una divinidad luminosa, astral, pero estrellas y planetas eran también deidades. La Luna figura como de sexo masculino. Federico Hommel en su "Historia de Babilonia y Asiria", dice:

Formando trío con Ramnan, se agregaron después, Samas, el dios del Sol, y Sin (15) el de la Luna, de los cuales ya hemos tratado anteriormente".

Y en nota al pie, agrega:

"En la religión preislámica de los árabes, el concepto del Sol (Shamas) era femenino, y por lo mismo se le llamaba simplemente "la Diosa"... La Luna por el contrario, tenía carácter masculino, mas por lo que sabemos, no estaba personificada en deidad alguna".

En todos los pueblos antiguos se observa que en los primitivos tiempos se adora a los dioses naturales: ríos, cerros, astros, etc., pero, a medida que se desarrolla la cultura y el espíritu filosófico, evolucionan las ideas, los objetos adorados se convierten en símbolos y los dioses se espiritualizan.

De Grecia, dice Hertzberg:

"Apolo, distinto ya de Helios, el Sol, es el dios de la Luz, en el más elevado sentido de la pureza moral y de la música"... "De la virgen Acrótera, que se conserva en el Museo de Louvre, nos lo muestra con del Amor, se convirtió en la ideal figura de Afrodita, (16) diosa de la gracia y de los atractivos personales".

Igual cosa ocurre con los persas, quienes operan una transformación en las divinidades de sus ancestros, los medos. A sete respecto F. Justi dice:

"La adoración del Sol ocupa también entre los persas un puesto privilegiado, y en los últimos tiempos de la religión de Zoroastro, bajo el imperio de los Sesánidas, empieza ya el Sol a identificarse con Ormazdes, o a ocupar, por lo menos, una posición tan preponderante como la de éste".

(14).—En el Cap. II del Libro II de los Comentarios Reales titulado "Rastrearón los Incas al verdadero Dios nuestro Señor", dice Garcilaso que el Pachacamac de los indios es el Dios de los cristianos, hacedor del Mundo, ser inmaterial, espíritu puro. Este capítulo ha sido brillantemente comentado por Markham, en Los Incas del Perú.

(15).—Es por demás curiosa esta coincidencia de llamarse Sin la diosa lunar de los Asirios; el mismo nombre que los mochicas daban a la Luna, según lo vemos en la Crónica Moralizada del P. Calancha.

(16).—Hertzberger confunde a Artemis o Selene, diosa de la Luna, con Afrodita. La primera es la hermana de Apolo, la segunda nació de los despojos de Uranos, y no tuvo madre; es diosa del amor material, de sus placeres y de la reproducción entre los humanos y las bestias; en tanto que Artemisa es la diosa de la castidad, cuyos adoradores son como ella castos. "Hipólito", el drama de Eurípides, simboliza la lucha de ambas divinidades. Fedra esposa de Teseo, padre de Hipólito, se enamora apasionadamente de éste, por obra de la maléfica Afrodita, quien la intoxica con amores impuros, para vengarse de las jactancias del hermoso mancebo, adorador de Artemisa, que se expresa desdenosamente de las afecciones materiales y de los goces de los sentidos; y cuando Hipólito muere, despedazado, por orden de Teseo, su padre, Artemis derrama sobre él el bálsamo del consuelo, hablándole dulcemente y diciéndole: "Las vírgenes en siglos venideros, las candidas doncellas, antes de celebrar sus desposorios, cortarán en tu honor sus cabelleras, y llorarán por tí, y en dulce coro, te elevarán endechas". (P. Saint Vitor).

Sobre el culto de los fenicios nos había Ricardo Pietschmann, el descubridor del manuscrito de Huamán Poma:

"Lo mismo puede decirse de la diosa *Atargates*, de la Siria del Norte, que fué venerada en Ascalón, como diosa protectora de la ciudad. Este nombre, que los griegos escribieron *Derceto*, lleva enteramente el sello arameo. También refiere Luciano —continúa Pietschmann en su obra "En Fenicia"— haber visto imágenes de *Derceto* que la representan en su mitad superior como mujer y desde la cintura abajo como un pez".

En Grecia la diosa *Artemis*, deidad femenina, se representó por una bellísima doncella que viste túnica corta, a la rodilla, y coturnos con un carcax de flechas a la espalda, y lleva de la mano diestra un ciervo cogido de los cuernos; pero esta delicada diosa virginal y casta, es evolución de la *Astarté*, que, según Lucano, es la Luna, la que los griegos tomaron de los fenicios, donde era de sexo masculino, y deidad grosera y cruel. "Como diosa de la luz, la Luna, dice Hertzerg, se nos presenta inmediatamente *Artemis*, la austera virgen, la intrépida cazadora, diosa asimismo de las selvas y de las fieras. *Artemis*, también llamada *Artemisa*, es la *Diana* de los romanos, y la *Hécate* de los tracios, quienes, bajo este nombre, presentaban a la Luna como una sombría divinidad de la noche, sanguinaria y cruel, que mora en los bosques oscuros y en las cavernas".

Una de las más bellas esculturas del mundo clásico es la *Artemis Agrótera*, que se conserva en el Museo de Louvre, nos la muestra con la indumentaria ya descrita, y ostentando la media luna, a manera de nimbo o diadema, como expresión de su calidad de diosa lunar. (17).

(17).—El presente trabajo es el primer capítulo de una obra inédita: "Las Islas del Perú".